

Vienen unos antiguos amigos

El viento y las gruesas paredes del palacete amortiguaron el sonido de la última campanada de las diez. Con los pasos apresurados pero firmes de toda una vida en el servicio, el ama de llaves se acercó al aparador de los licores. El pacharán era lo más parecido al *bagnolino* placentino que aquellas tierras de exilio podían ofrecer a su señora. Ella siempre conseguía que sus invitados se sintieran como en casa. Aquella vez, con su sobrino político en casa, quería que se sintiera acogido, en familia. Tras alinear los jarrones de porcelana, con las rosas cortadas a distintas alturas, como en **escalera**, el ama de llaves se dirigió hacia el piso superior con una botella de la cosecha del año anterior.

La firmeza del pisar tornó precaución al comenzar a subir la escalinata de mármol (peldaño a peldaño, rodilla a rodilla). Lo cierto era que el motivo de la visita del sobrino no respondía solo a la mera cortesía. Cuando recibió la carta de invitación, con las indicaciones para no perderse encontrando su nueva dirección, no dudó en coger el primer tren hacia España. No en vano, ella había decidido que figurara como único heredero en su nuevo testamento. Desde que su hijo muriera en un desafortunado accidente (y mientras las canas comenzaban a sobrepoblar su cabellera), era un tema que quería cerrar con prontitud.

Sin embargo, no había terminado de subir, cuando la puerta del despacho se abrió. Ella enfundaba su estilográfica cuando regia, casi hierática, comenzó a descender los escalones con la ligereza de una **pluma**. Antes de que la corriente diese un estruendoso portazo, el ama de llaves pudo ver fugazmente la figura inmóvil del sobrino, postrada sobre un escritorio que claramente habría que limpiar después. A su lado, inocentemente responsable, reposaba una tarta de **arándanos**. La había preparado la señora la noche anterior. Aunque, alterada como estaba, el ama de llaves ni la percibió.

—Él delató a Giovanni, Fidela. Nunca fue muy listo. En fin, ¿dónde está mi pacharán? —Y, esculpiendo una levísima sonrisa (*terribilità*), añadió—: Vienen los de Campania.